

## DECLARACION DE GUERRA EN COLONIA

Cuando la Escocia se emancipó de la dominación de Inglaterra, gracias al valor y perseverancia de Roberto Bruce, dos clases de propietarios elevaron sus reclamaciones por la pérdida de sus bienes territoriales. Los unos eran los que después de la conquista habían recibido sus bienes de Eduardo I y de sus sucesores: los otros eran los que se habían secuestrado á las familias de Escocia, y los poseían como heredados.

Eduardo puso á Balliol á la cabeza de aquel partido, y todos parecían quedar extraños á aquella guerra eterna, que venía otra vez á llamar de nuevo á la puerta de Escocia bajo otro nombre y otro aspecto la que apoyó con su plata y con su tropa. Para colmo de desgracias, y como si Roberto Bruce se hubiera llevado consigo la fortuna dichosa del país, al momento en que Balliol y su armada de-

sembarcaban en el condado de Fife, el regente Rauldolfo, víctima de una enfermedad violenta é inesperada, moría en Musselboug y dejaba al joven rey entregado á la regencia de Donaldo, conde de March, que aventajaba á su predecesor en talentos y conocimientos, tanto militares como políticos, pero que no gozaba tanto de las simpatías del país.

El conde de March apenas acababa de tomar el mando del ejército, cuando Eduardo Balliol desembarcaba en Escocia, caminando mas veloz aun que las famas de sus victorias; llegando á la siguiente noche á las orillas del Earn, en la ribera opuesta del cual apercibió, á la luz de los fuegos, el campo del regente. Mandó hacer alto á sus tropas, y luego que los fuegos se fueron sucesivamente extinguendo, atravesó la ribera, penetró casi hasta la mitad del campamento escocés, y allí encontrando á todo el ejército dormido y sin defensa alguna, empezó no un combate, sino una carnicería tal, que al salir el sol, se admiró él mismo Balliol de que sus soldados hubiesen podido en tan poco tiempo matar á tantos millares de hombres, con una tropa que apenas llegaba á una tercera parte de la que ellos habían sorprendido.

Entre los cadáveres se hallaron el del regente y como unos veinte y cinco ó treinta señores, pertenecientes á lo principal de la nobleza de Escocia.

Entonces empezó para esta nación una era de decadencia tan rápida, cual había sido lenta y laboriosa su reconstrucción nacional por manos de Roberto Bruce.

Sin pararse en sitiarse y tomar las fortalezas, Eduardo Balliol marchó derecho á Seone y se hizo

coronar; una vez ya rey, rindió homenaje de nuevo á Eduardo III, como á su señor y dueño. Este, desde entonces, no temió mas de prestarle ostensiblemente sus socorros, y juntando un numeroso ejército, marchó derecho á la ciudad de Berwick y la sitió.

Por su parte Archibald Douglas, hermano del buen lord Tomás, marchó en socorro de la guarnicion, é hizo alto á dos millas de la fortaleza, sobre una eminencia llamada de Halidon-Hill, desde la altura de la cual se dominaba fácilmente el ejército Inglés, que se hallaba, por esta razon de sitiador entre la guarnicion de Berwick y los soldados de Douglas.

La ventaja de la posicion era indudablemente de los Escoceses; mas para estos habian ya pasado los dias de la victoria: esta vez, como todas, los arqueros ingleses decidieron la batalla: Eduardo los habia colocado en una marisma donde la caballería no podia atacarlos, y mientras ellos acibillaban con sus flechas á los Escoceses, colocados sobre la montaña y desplegados en hileras por columnas, Eduardo cargaba sobre ellos, seguido de sus valientes jinetes: muerto Archibald Douglas y acuchillados los mas denodados de sus guerreros, se dispersó enteramente el resto del ejército.

Esta jornada tan fatal para la Escocia, como favorable le habia sido la de Bannockburn, arrebató al jóven David todo lo que habia sido reconquistado por Roberto. Pronto el niño proscrito se halló en la misma situacion que su padre, de la cual se libertó este, como hemos dicho, por su mucho valor y perseverancia.

Empero esta vez las cosas habian mudado mucho: los mas ardientes patriotas, viendo en David un niño

sin experiencia ni mundo, cuando lo que les hacia falta era un guerrero experimentado, desistieron de su causa y se sometieron al porvenir de los Estados.

No obstante, algunos de ellos no desesperaron de la salvacion de la patria, y continuaron en velar sobre el prestigio de la nacionalidad escocesa, como ante la grandeza del tabernáculo vela la vacilante luz de la lámpara; y mientras que Balliol volvía á tomar posesion del reino, prestando homenaje como feudatario á Eduardo III, David Bruce y su mujer pedían en Francia auxilio y proteccion como infortunados, y errantes proscritos.

Para apoyo de la antigua y vejada monarquía no quedaban mas que cuatro castillos y un torreón, que de vez en cuando daban señales de vida, como las arterias de un cuerpo paralizado se agitan alguna que otra vez. Los señores de estos castillos eran los condes de Eiddesdale, de March, sir Alejandro Ramsay de Dalvoisy y el nuevo regente sir Andrés Murray de Bothwell.

En cuando á Eduardo, menospreciando una tan débil oposicion, se desdeñó de proseguir sus conquistas hasta finalizar; dejó de guarnicion en cada castillo una fuerza respetable, y dueño y señor de la Inglaterra é Irlanda y feudal tambien de la Escocia, se volvió á Londres, donde lo hemos hallado al principio de esta obra, entre los regocijos y festines por la vuelta de sus victorias, preocupado de un amor ardiente hácia la bella Alicia de Grafton, por la que olvidara el proyecto de conquistar la Francia y destronar á Felipe de Valois.

Entonces fué cuando el rey de Francia lanzara una mirada sobre David II y su mujer, que habian

venido á su corte buscando un asilo desde el año de 1332. Sin declararse aun positivamente, él anudó con su mediacion las relaciones con los valientes defensores de ultramar, envió al regente de Escocia crecidas cantidades para subvenir siquiera á los mas indispensables gastos, y aprestó un considerable número de soldados, con los cuales pensaba formar la guardia del joven rey, cuando llegara el caso de que este entrase en sus Estados.

Por otra parte, expidió sus órdenes á Pedro Behuchet, uno de los comisarios elegidos por él, para que siguiera la causa formaba contra el conde Roberto de Artois, cuyo destierro fuera la causa de todas estas sangrientas batallas, y al almirante de Francia para que guardase los estrechos y pasajes que mediaban entre las costas de Inglaterra y de Flandes.

Tomadas estas precauciones, esperaba tranquilo los acontecimientos.

Durante este tiempo, una espléndida y grandiosa fiesta se preparaba en Colonia : esta ciudad habia sido escogida por Eduardo III y Luis de Baviera para tomar posesion del vicariato del imperio por el rey de Inglaterra; en consecuencia, sacamos en limpio que todos estos preparativos habian sido hechos con el plausible motivo de la union de ambos tronos.

Dos solios habian sido erezidos en la gran plaza de la ciudad, y como no habian tenido tiempo para procurarse las maderas necesarias para su construccion, habian empleado en ellos los mostradores de las carnicerías públicas, tapando las manchas de sangre con preciosas colgaduras de terciopelo carmesí galoneadas de oro; sobre estos tronos habian colocado dos ricos sifiales, cuyos doseles tenian estam-

padas las armas imperiales de Alemania é Inglaterra, en señal de la union; el palio que recubria este doble trono era de deslumbrante tisú de plata y oro, semejante á las cortinas de las cámaras reales : despues todas las casas estaban colgadas y entapizadas con magnificos tapices del Serrallo, traidos expresamente de Constantinopla.

El dia convenido para esta ceremonia, de la cual los historiadores no nos dan á punto fijo la fecha, mas nos dicen que fué á fines del año de 1338, ó al principio de 1339, el rey Eduardo III, vestido con el manto real y ceñida la corona, llevaba en la mano en vez del cetro, su magnífica espada, en señal de la mision de venganza que iba á recibir : y se presentó seguido de sus grandes á las puertas de Colonia que dan al camino de Aix-la-Chapelle.

Allí fué recibido por los señores de Gueldres y de Juliers: los cuales tomaron á su lado el sitio que le cedieron el obispo de Lincoln y el conde de Salisbury, el cual, eselavo de su juramento, marchaba siempre con el ojo derecho cerrado, bajo la banda de la bella Alicia; avanzaron en medio de las calles regadas con flores y mil yerbas aromáticas, seguidos del mas esplendente cortejo que se habia visto desde la coronacion de Federico II hasta la fecha.

Llegados que hubieron á la plaza, apercibieron sentado en el sitio de la derecha á Luis de Baviera, revestido con sus insignias imperiales, teniendo el cetro en la mano derecha, mientras que con la izquierda sostenia un globo que representaba al mundo, emblema de su poder y grandeza.

Al instante Eduardo III se apeó de su caballo, y anduvo á pié el espacio que le separaba del empera-

dor, y subió la escalinata que conducía al trono; y luego que llegó al último escalon, con los embajadores á su lado, en lugar de besarle los piés, como era costumbre en semejante ocasion, el rey de Inglaterra se inclinó solamente, y Luis V, emperador de Alemania, le dió el abrazo: despues, Eduardo se sentó en el trono que le estaba preparado, y que era un poco mas bajo que el del emperador: esta era la sola marea de inferioridad, que consintió Eduardo III.

Al rededor de ellos estaban cuatro grandes duques, tres arzobispos, treinta y siete condes, una multitud de marqueses y de barones con cascos coronados, ricos hombres de pendon y de mesnada llevando las banderas, é innumerables caballeros y escuderos.

Al mismo tiempo, las guardias que formaban las calles contiguas á la gran plaza, dejaron sus puestos y se formaron en cuadro al rededor del tablado, dejando libres las bocacalles, por las cuales se amontonó al instante la multitud.

Cada balcon que daba á la plaza era un nublado de caballeros y señoras: las azoteas y tejados se coronaron de gente, y el emperador y Eduardo se hallaron en el centro de un vasto anfiteatro, que parecia empedrado de cabezas humanas.

Entonces el emperador se levantó, y en medio del mas profundo silencio pronunció las siguientes palabras, con una voz tan alta y firme, que fueron perfectamente oidas de todos:

— Nosotros, los muy altos y poderosos príncipes Luis V, duque de Baviera, emperador de Alemania por eleccion del sagrado colegio, y por confirmacion de la corte de Roma, declaramos á Felipe de Valois

desleal, pérfido y cobarde por haber adquirido, contrariando á sus tratados hácia nosotros, el castillo de Creve-cœur-en-Cambresis, la ciudad de Arleux-en-Puelle, y otras varias propiedades que nos pertenecian; pronunciamos que por estos actos le retiramos la proteccion del imperio, y la conferimos á nuestro amado hijo Eduardo III, rey de Inglaterra y de Francia, y le encargamos de la defensa de nuestros derechos é intereses, y al cual en señal de coalicion efectuada ante toda esta corte imperial, le damos nuestras actas selladas con el doble sello de nuestras armas y de las del imperio.

Al concluir estas últimas palabras, Luis V tendió las actas á su canciller y se volvió á sentar, tomó con la mano derecha el cetro, apoyando su izquierda en el globo: entonces el canciller las abrió y las leyó con alta é inteligible voz.

Estas se conferian á Eduardo III, dándole los honores de vicario-teniente del imperio; este titulo le daba derecho y ley de hacer á cada uno justicia en nombre del emperador, le autorizaba á hacer monedas de oro y plata, y mandaba á todos los príncipes que dependian del emperador prestasen feudalidad y homenaje al rey de Inglaterra.

Entonces hubo brillantísimos aplausos; los gritos de guerra resonaron como el estampido del trueno; cada uno de los que estaban armados, desde el duque hasta el mas simple escudero, hizo retumbar su escudo ó con el pomo de su espada, ó con la puerta de su lanza, y en medio de aquel entusiasmo general, que excitaba siempre en aquella valiente caballería una declaracion de guerra, todos los vasallos del emperador vinieron, segun su rango, á prestar

homenaje á Eduardo III, como lo habian hecho cuando subió al trono de Alemania con el duque Luis V de Baviera.

Apenas fué concluida aquella ceremonia, cuando Roberto de Artois, que seguia su juramento con la perseverancia del odio, partió para Mons, en Hainaut, á fin de dar aviso al conde Guillermo de que sus instrucciones estaban cumplidas y que todo venia bien.

En cuanto á los señores del imperio, pidieron á Eduardo quince dias de plazo, y quedó citado dónde se habian de juntar, que era en la ciudad de Malines, que se hallaba en un centro conveniente entre Bruselas, Gante, Anvers y Louvain. El duque de Brabante, en su cualidad de soberano independiente, se reservó é hizo sus declaraciones aparte, al punto y tiempo que juzgara conveniente.

Encargaron para declarar la guerra á Felipe de Valois, á M. Enrique, obispo de Lincoln, que partió sin perder tiempo á Francia.

Ocho dias despues, el mensajero de guerra obtuvo audiencia de Felipe de Valois, que le recibió en su castillo de Compiègne, en medio de toda su corte: teniendo á su derecha al duque Juan, su hijo, y á su izquierda á M. Leon de Crainheim, al cual habia llamado, no por hacerle honor al noble anciano, sino para que oyese la mision del obispo de Lincoln, convencido de que el duque de Brabante habia tratado con su enemigo, y queria que su representante asistiese á aquella asamblea, como para avergonzarlo.

Al fin, todas las órdenes habian sido dadas para que el heraldo de un tan gran rey, y de tan poderoso

señores, fuese recibido como pertenecia á su rango y comision.

Por su parte, el obispo de Lincoln entró por medio de la asamblea, con la dignidad de un sacerdote y de un embajador, y sin humildad ni frialdad, pero con calma y voz firme desafió al rey Felipe:

Primeramente, á nombre de Eduardo III, como rey de Inglaterra y como jefe de los señores de su reino.

Segunda, á nombre del duque de Gueldres.

Tercera, á nombre del marqués de Juliers.

Cuarta, á nombre de M. Roberto de Artois.

Quinta, á nombre de M. Juan de Hainaut.

Sexta, á nombre del margrave de Misnia y de Oriente.

Séptima, á nombre del marqués de Brandeburg.

Octava, á nombre de sir de Fauquemont.

Novena, á nombre de M. Arnoult de Blankenheim.

Y décima, en fin, á nombre de mesir Valerand, arzobispo de Colonia.

El rey Felipe de Valois escuchó con atencion aquella larga enumeracion de sus agresores; y despues cuando ya habia sido concluida, admirado de no haber oido pronunciar el nombre del duque de Brabante, que él suponía ser su mayor contrario, exclamó:

— ¿No teneis nada que decirme de parte de mi primó el duque de Brabante?

— Nada, señor, respondió el obispo de Lincoln.

— ¿Lo oís, monseñor? mi amo ha sido fiel á su palabra, dijo M. Leon de Grainhem.

— Está bien, está bien, mi noble amigo, respon-

dió el rey tendiendo la mano á su huésped; mas aun no estamos al fin de la guerra. Esperemos... esperemos.

Despues, volviéndose hácia el embajador, le dijo :

— Nuestra corte es vuestra, monseñor de Lincoln, y mientras permanezcais aquí, tendremos una gran satisfaccion en que nada falte á la grandeza de que sois digno.

## XVII

## ALICIA Y LA REINA

Ahora es menester que nuestros lectores nos permitan abandonemos por un instante la continuacion de estos rudos preparativos de ataque y de defensa que ambos competidores están aprestando, de los cuales podia prescindir el novelista pero que tiene un deber el historiador de contar todos sus detalles, y lancemos una mirada sobre los otros personajes de esta novela, á los que hemos abandonado por un instante, para seguir al rey Eduardo desde su castillo de Westminster á la cervecería de su compadre Santiago de Artevelle.

Los personajes que tenemos olvidados son, á la reina Felipa de Hainaut y la bella prometida del conde de Salisbury, la interesante Alicia de Grafton, á las que hemos visto en el banquete real, tan bruscamente interrumpido por la entrada del conde Roberto de Artois y por los votos y juramentos que siguieron despues sobre la garza real.

Al instante que la partida del rey habia sido oficialmente publicada en el reino, madama Felipa, á la cual su avanzado embarazo pedia los mayores cuidados, y que por otra parte la seriedad de sus costumbres hubiera tenido por una gran falta cualquiera diversion, por pequeña que fuera, durante la ausencia de su esposo y señor, se habia retirado con lo mas escogido de su corte al castillo de Nottingham, situado á unas ciento veinte millas, poco mas ó menos, de Londres.

Allí pasaba su vida en lecturas piadosas, en trabajos de costura y en lecturas caballerescas, con sus damas de honor, entre las cuales su mas constante compañera y mas querida confidenta, contrariando aquel instinto maravilloso que poseen las mujeres para adivinar sus rivales, era siempre Alicia de Grafton.

Durante una de aquellas largas noches de invierno, ante una hermosa chimenea, en la cual ardian infinitos maderos perfumados, oyendo brisar el viento en los ángulos de las viejas torres, mientras que nuestro antiguo héroe Guillermo de Montaigne hacia su ronda nocturna sobre las murallas de la fortaleza; reunidas en una grande y alta cámara adornada de magníficos mármoles y sorprendentes esculturas de encina, de cortinas oscuras y carcomidas y de un gigantesco lecho, las dos amigas, despues de haber despedido á toda la corte para estar mas solas, no para dar tanta libertad á sus palabras cuanto al curso de sus pensamientos, abstraídas de ese mundo enojoso y fatigante para un corazon y un alma preocupada, iluminadas por una sola lámpara cuya luz espirante parecia extinguirse antes de poder reconocer los ob-

jetos que apenas se dibujaban en las tapicerías perdidas en la obscuridad, sentadas á la derecha é izquierda de una gran mesa, que descansaba sobre sus torcidos piés, forrada con un brillante tapiz de terciopelo verde bordado de oro, que contrastaba por su frescura con los antiguos bordados del pabellon. Las dos damas, despues de haber cambiado algunas palabras, estaban embebidas en una profunda meditacion, cuya causa, diferente en sus resultados, se fundaba no obstante en un mismo punto: el juramento que cada una de ellas habia hecho.

El que la reina recordaba era terrible: habia jurado por el nombre do Nuestro Señor, nacido de la Virgen, y muerto en la santa Cruz, que no pariria sino en tierra francesa, y que si el dia de su ocasion no tuviese medio de cumplir su juramento, se quitaria la vida y moriria con su inocente niño.

En el primer momento, elle habia cedido á aquel poderoso entusiasmo que se habia apoderado de cuantos estaban en el banquete; mas cuatro meses habian ya pasado desde aquel dia, el término fatal se iba aproximando, y el inocente niño, desde su vientre, pedia á la madre cuenta del imprudente juramento que habia hecho.

El de Alicia era mas dulce: ella habia jurado, segun se recordará ahora, que el dia en que el conde de Salisbury volviese á Inglaterra, despues de haber pisado tierra francesa, le daria su corazon y su persona.

La mitad de aquella promesa era inútil, pues el corazon se lo habia ya dado, hacia mucho tiempo; así esperaba ella, con no menos impaciencia que la reina, algun mensaje de Flandes anunciando que

las hostilidades habian empezado, y su ilusion, aunque menos triste, no era menos profunda; solamente, cada una seguia el curso de sus pensamientos, la una de temor y la otra de esperanzas.

La reina no veia mas que desiertos espinosos y lúgubres, rodeados de un cielo sembrado de tempestuosas nubes; la condesa, al contrario no veia mas que lindas jóvenes corretear en amenos pensiles, cogiendo ya esta flor ya la otra, alumbradas por el majestuoso curso de la luna, rodeadas de estrellas y relucientes luceros.

En aquel momento sonaron las nueve en el reloj del castillo.

Al primer golpe la reina se estremeció, pero siguió contando los otros con una tristeza que no estaba exenta de terror.

— A semejante hora y en este mismo dia, hace siete años, dijo la reina con voz bastante alterada, esta cámara hoy silenciosa y tranquila estaba llena de tumultos y de gritos.

— ¿No fué aquí, dijo Alicia saliendo de sus profundas ilusiones por la alterada voz de la reina, donde se celebraron vuestras nupcias con monseñor Eduardo?

— Sí, sí, aquí fué, murmuró la reina, respondiendo á la pregunta de Alicia; mas es otro acontecimiento al que yo hago alusion, acontecimiento sangriento y terrible, y que ha pasado en esta cámara: el arresto de Mortimer, el amante de la reina Isabel.

— ¡Ah! respondió Alicia estremeciéndose á su vez, y mirando con asombro al rededor de ella, yo he oido decir á menudo alguna cosa de esa trágica y terrible historia; y además, desde que habitamos este castillo, he tentado mas de una vez para obtener

algunos detalles sobre el sitio donde fué la escena y de la manera que fué cumplida. Pero como hoy el rey nuestro señor ha devuelto á su madre la libertad y todos sus honores, ninguno ha querido responderme, sea por temor, sea por ignorancia... ¿Y vos decís que fué aquí, señora?... continuó Alicia aproximándose cada vez mas á la reina.

— No es á mí, respondió esta, á quien toca sondear los secretos de mi esposo y buscar y adivinar si madama Isabel habita en un palacio ó en una prision dorada, y si el infame Maltravers, que ha obtenido un destino cerca de ella, tiene mision de ser su secretario ó su verdugo: lo que decide en su sabiduría, monseñor Eduardo, está bien decidido y bien hecho. Yo soy su humilde esposa, y no tengo nada que decir. No obstante, lo que yo os decia, Alicia, es que fué aquí en esta cámara, hace siete años, en este mismo dia y á esta misma hora, fué arrestado Mortimer en el momento en que se levantaba de esta silla donde yo estoy sentada y alejándose de esta mesa donde nosotros estamos apoyadas, cuando iba á meterse en aquel lecho, donde hace tres meses, yo no me he acostado una sola vez sin que toda esta escena sangrienta y los autores que tomaron parte en ella no se me hayan presentado á mis ojos cual pálidas fantasmas. Por otra parte, Alicia, las paredes tienen mejor memoria, y son á veces mas indiscretas que los hombres; estas tienen grabados todos los acontecimientos que en sus tiempos han pasado, y sino ved ahí la boca por la cual ellas me han enterado, continuó la reina mostrando con su dedo unas cuantas líneas hechas en una de las pilastras, trazadas por la punta de una

espada. Allí es donde cayó Dugdale; y si vos alzais la alfombra sobre la cual están descansando vuestros piés, hallaréis sin duda las rojas manchas de su sangre; pues la lucha fué terrible, y Mortimer se defendió con la misma fiereza que un leon.

— Pero, repitió Alicia haciéndose atrás con su sitial para alejarse del sitio donde un hombre habia pasado tan rápidamente de la vida á la agonía y de la agonía á la muerte, aunque fuese el verdadero delincuente Rogerio Mortimer, es imposible que el rey Eduardo lo haya castigado de una manera tan terrible por solo las relaciones criminales con la reina.

— Ah! si no hubiese cometido otra cosa que esa falta; mas habia cometido crímenes, y crímenes infames; habia, por medio de Gurnay y del asesino Maltravers, asesinado al rey; habia además, por falsas denunciaciones, hecho degollar al conde de Kent. Dueño entonces de todo el reino con sus infames proyectos, lo llevaba á la ruina; cuando el verdadero rey, al cual le usurpaba el poder y falseaba su voluntad, de niño que era llegó á ser hombre, poco á poco pudo romper el velo que cubria al reino de Inglaterra; mas la armada y asuntos políticos, todo estaba en las manos del favorito: la lucha con él, como enemigo, era mover una guerra civil. El rey le trató como asesino.

« Una noche que el parlamento se habia reunido, y que la reina y Mortimer habitaban este castillo, bien guardado por sus amigos, el rey sedujo al gobernador, y por un subterráneo que conduce á esta cámara, y que no sé por dónde se abre, aunque no ignoro es por un sitio oculto de aquella galería, y que no he podido encontrar á pesar de lo que lo he

buscado, penetró aquí á la cabeza de una tropa de enmascarados, entre los cuales iban Enrique Dugdale y Gualtero de Mauny. La reina se habia ya acostado, y Rogerio Mortimer iba á hacer lo mismo, cuando de pronto vió abrirse un escotillon; cinco hombres enmascarados se precipitaron de golpe en la cámara; mientras que dos corrian á las puertas para cerrarlas, los otros tres, que estaban dentro, se avanzaron á Mortimer, que saltando y asiéndose de su espada, dió muerte del primer golpe á Enrique Dugdale, que fué el primero que tendió la mano para cogerle. En el mismo instante Isabel se echó fuera de su lecho, olvidando que estaba casi desnuda, ordenando á los hombres que se retirasen, y exclamando que ella era la reina.

— « Está bien, dijo entonces uno de ellos quitándose su máscara; ¡ si vos sois la reina, señora, yo soy el rey!

» Isabel dió un grito al reconocer á Eduardo, y cayó sin sentido sobre el pavimento. Mientras esto pasaba, Gualtero de Mauny desarmaba á Rogerio; y como los gritos de la reina se habian oido, las guardias corrieron á las puertas, y viéndolas cerradas, empezaron á forzarlas á golpes con las espadas y las mazas; los enmascarados se llevaron á Rogerio Mortimer, poniéndole una mordaza y amarrándolo fuertemente, y así que hubieron todos salido, volvieron á cerrar la entrada del subterráneo; de suerte que los que entraron, no hallaron mas que á Dugdale muerto y á la reina desmayada; pero de Rogerio Mortimer ni de los que se lo llevaban encontraron ninguna traza. Los buscaron, aunque en vano, pues la reina no se atrevió á decir que era su hijo el que

habia venido á espialarla hasta en su mismo lecho. De suerte que no se supo nada de Mortimer hasta que se hizo pública la sentencia de su muerte, y se le vió aparecer en el cadalso, donde el verdugo le abrió el pecho para sacarle el corazon, y lo echó en una canasta, dejando el cuerpo en el patíbulo, donde dos dias y dos noches quedó expuesto al público y á las injurias del populacho, hasta que el rey, perdonando en fin al cadáver, permitió á los hermanos de la caridad de Inglaterra llevasen el cuerpo al panteon. »

— ¡ Ah! señora, ¡ eso es horroroso! exclamó Alicia.

— Ved ahí la horrible escena que sucedió á esta misma hora en este sitio, hace siete años. ¿ No tenia yo razon en decir que fué un horrible acontecimiento?

— ¡ Y tan terrible, señora! es una de aquellas aventuras que parecen grabarse en nuestra memoria con la misma sangre que en ellas se derrama.

Las dos damas se miraron una á otra; querian cada cual de ellas encontrar en sus ojos mas ánimo y mas valor; pero esta ojeada fué rápida y solo sirvió para hacer traicion á su pavor interno.

Mudas y silenciosas, pasaron así algunos momentos, contemplando y meditando en aquellos recuerdos terribles que acababan de evocar.

## XVIII

## DOS VOTOS YA CUMPLIDOS

Empero aquel silencio no podia durar mucho tiempo, y Alicia, por mas débil y miedosa que fuera, aun queria explanar mas aquella aventura y enterarse mejor de todas las circunstancias.

Así es que, despues de haber movido su viva cabeza á uno y otro lado y despues de haber con sus radiantes miradas sondeado aquella semioscuridad, exclamó mirando á la reina :

— Mas ese subterráneo... ese escotillon...

— Una sola vez he hablado de eso al rey, y me ha respondido que el subterráneo está cerrado y que no se ha vuelto á abrir mas.

— ¿ Y, os atreveis, señora, á estar en esta cámara? dijo Alicia.

— ¿ Y qué tengo yo que temer, no teniendo nada que reprocharme? dijo la reina aparentando mas tranquilidad en el corazon para disimular el terror